ran del anònimo con que se publican y apareciese la firma del autor de tales *hazañas*,

Si lo es el director de dicho semanario; solo, hasta ahora, conmiseración merece, porque comprendo á lo que obliga el estómago agradecido.

P. Redón.

UNA HOJA SUELTA

El hombre es el colmo del egoismo. Para satisfacer su apetito voraz, todo lo sacrifica. No se satisface con los frutos que le da la naturaleza; persigue á los demás animales, y los devora si le son sabrosos. No perdona al faisán por bello, ni al cordero por inofensivo, ni al buey por útil. Gracias á un antiguo precepto religioso, respetó durante siglos à los caballos; los despedaza y angulle ya como á los cerdos.

De todos los seres que destina á su alimento, casi nada desperdicia. Sesos, lengua, pulmones, corazón, hígado, sangre, todo lo trasiega á su insaciable estòmago. Aprovecha hasta los intestinos; se recrea con la carne del hueso sacro.

Para coger á los animales, así los del mar como los de la tierra, ¿á qué medios no recurre? De la caza y de la pesca ha hecho artes sobre que ha escrito gruesos volúmenes. Aquí se vale de la fuerza, allí de la astucia y la perfidia.

En la manera de matarlos no repara. Si los cree más agradables echándolos vivos en agua hirviendo, al agua hirviendo los arroja. A unos degüella, á otros estrangula, á otros decapita. Ni por lo más remoto se preocupa con los padecimientos á que los condena.

Aun con los que quiere conservar vivos, bien para sus labores bien para su regalo, es cruel y desagradecido. Caballos que mimó cuando jóvenes y gallardos, mermada la lozanía, los unce á una mala carreta; viejos, los entrega á las astas de los toros.

Tiene por suyas la tierra y los seres que la ocupan. A los que no mata, los sujeta á dura servidumbre. Condena á vivir en es trecha jaula al pájaro que por sus alas venía llamado á cruzar libremente los espacios; pone bajo la coyunda al buey; enfrena al caballo. Al caballo lo estimu a á la carrera con acerados acicates y lo convierte en instrumento de guerra. Lo arroja sin compasión sobre las bayonetas y las lanzas de sus enemigos.

Verdad que hace poco menos con sus semejantes. Los convierte asimismo en instrumentos de guerra y los precipita sin piedad sobre ejércitos numerosos y cañones que vomitan fuego. Por la violencia los conduce á los campos de bata la, y por la violencia los obliga á que se batan y arrostren la muerte. Tiránico y cruel con los demás seres, lo fué con su propia raza.

Cohonestan los cristianos su conducta para con los demàs animales, alegando que Dios al crear al hombre se los dió por alimento. Dios, según *El Génesis*, no dió los animales por alimento al hombre, dió por alimento las plantas al hombre y los demás animales.

Es, sin embargo, indudable, que el hombre no puede vivir sin la contínua matanza de otros seres. Acabarian con él los insectos que le atormentan si no los matara. Le tendrian en constante peligro las fieras de sus bosques y sus cerros, si no las persiguiera de muerte. Le asolarian de continuo los campos y los viñedos la langosta y la filoxera, si no trabajara por extinguir as. Le atajarian el paso en tierra y mar especies que prodigiosamente se multiplican, si para su nutrición no las utilizara. Ya al aparecer en el planeta, hubo de luchar con animales gigantescos hasta exterminarlos á fin de evitar su propio exterminio.

Ni es solo el hombre el que vive matando. Viven matando los màs de los animales. Devoran los fuertes á los débiles, y son instintivamente los unos enemigos de los otros. La vida es en todo el reino animal la lucha, y la lucha es la muerte de unos por otros seres.

Infiérese de esto que la Providencia ha condenado el mundo á perpetua matanza, y el hombre cumple como ser alguno los designios de la Providencia.

F. Pí y Margall.

Avenidas

Muy místico se nos ha vuelto el incoloro en política señor Jujol.

Antaño nos decia que era federal, pero **hoy, á juzgar por su clericalismo, debe estar** afiliado en las huestes de Nocedal, ya que en las de don Carlos, es público y notorio que no forma.

No le ha bastado al religioso edil la lluvia de estos dias y en la sesión de ayer instó nuevamente para que se hicieran por el Ayuntamiento ROGATIVAS, no sabemos, si *ad petendam pluviam ó ad petendam c lebritatem.*

¿Qué fines se propone el señor Jujol con tan trasnochado clericalismo?

Harto de carne el diablo, se metió á fraile.

El Diario del Comercio, á propósito de nuestra contestación á don Antonio Ferrando, nos dice que hubiéramos obrado muy cuerdamente dirimiendo las cuestiones que pudiéramos tener pendientes con dicho señor sin aludir á personalidades que nada tienen que ver con las ofensas recibidas de éste.

Si citamos las personas à que se refiere *El Diario del Comercio* fué por que á ellas aludió el señor Ferrando, en plena Asamblea federal, y con su silencio lo confirmó al ser nombradas por el señor Redón, cuyo testimonio había invocado.

Culpe, pues, á quien las sacó á colación.

Mucha estrañeza nos causa la pulcritud en que se encierra *La Opinión.*

Presentes y frescas están en la memoria de todos, los artículos y sueltos. más dignos de una verdulera que de una publicación seria, que en no lejanos tiempos estampaba en sus columnas.

Como no le creemos inmune y aplicamos el refrán «ojo por ojo y diente por diente» al zaherirnos á nuestro querido amigo y correligionario don Francisco Pí y Arsuaga, nos vimos en la precisión de citarle los *delfines* que en su casa alberga.

E igual conducta seguiremos observando siempre que injusta y sañudamente se ataque á nuestros amigos sin que nos muevan á compasión las lágrimas cocodrileras del colega.

PÍCAROS Y LOCOS

Son tantos los males que en estos tiempos aquejan al país productor, de tal importancia y en tan variadísimas formas, que si es difícil enumerarlas, resulta casi imposible acudir á su remedio. En todas partes se oyen quejas sentidas y no es preciso investigar minuciosamente para que salgan á luz angustiosas situaciones, ruinas considerables y estupendas miserias, que por desgracia son claros y evidentes los daños que en nuestra pobre sociedad vienen sufriendo cuantos viven con el producto de propias iniciativas, sin auxilio de privi egios y compadrazgos.

Ese estado infeliz, esa situación al parecer insostenible en que se agitan las fuerzas productoras luchando denodadamente, es cierto, pero siempre con adversa fortuna. ni siquiera puede suponerse paliada por los anodinos correctivos que de cuando en cuando aplican nuestros estadistas para remediarlo, que en ellos halla generalmente nuevo medio de propagación la dolencia que pretendiera curarse.

Es que una funesta infección corroe todos nuestros organismos, aun aquellos que pudieran creerse más resguardados y sanos y ese veneno que nos aniquila viciando hasta la atmósfera que respiramos, no hay medio ni manera de concluir con él. Es el parásito que vive de la sávia de los otros; el mendigo, más ó menos aristócrata, que cifra toda su aspiración en obtener graciosamente todas las ventajas sin más merecimiento que sus vicios; el encumbrado personaje que presta sus favores á parientes y paniaguados, aunque para ello sea preciso transgredir las leyes y atropellar los más justos derechos; el explotador inícuo que ejerce la usura en grande escala, sin prestar nunca, traficando con los hombres ó los géneros de que recaba un considerable tanto por ciento, como si fuesen cosa propia.

Todos esos y muchos más que pudieran sacarse á la pública vergüenza, para los que solo existen los propios egoismos, verdaderos idiotas morales, constituyen la carcoma de esta malaventurada Sociedad moderna. Seres que han entrado en componendas con la conciencia y en cuyas mezquinas almas no cabe ya idea noble y levantada, aunque afecten por extremo modo sentimientos de propia dignidad y ànsia de justicia se han apoderado de todo por derecho de conquista.

Así, no basta en los tiempos que atravesamos, trabajar fuerte y con brío escogiendo cualquiera de los ramos de la actividad humana, hácese preciso además hallarse siempre dispuesto á transigir con la tercería y el vilipendio y si á mano viene, ejercer tan lamentable tráfico en cuanto el negocio se presenta. De otra suerte, es casi segura la derrota ó se alcanza á lo más una existencia mísera y trabajosa; que es lo que sucede á la mayor parte de nuestros agricultores, industriales y comerciantes.

Hasta en las profesiones que parecen más alejadas de esas tres grandes ramas del trabajo humano, no puede avanzarse un paso sin contar con la recomendación y el padrinazgo. Un título académico, una aptitud especial en las artes ó en las letras. apenas sirven si no se alistan en un banderín político, proveyéndose por este ù otro medio el que ejerza, de los privilegios que otorgan las más repugnantes comanditas. Y de este modo resulta la inteligencia y el estudio cosa accidental, aunque no estorba, siendo lo imprescindible para medrar hacer mayores los límites de la conciencia, de modo que la idea del mal ageno vaya desapareciendo para que quede mayor sitio á la del bien propio.

Es indudable que existe una mayoría de hombres honrados, pero á causa de su misma preciada cualidad, no sirven para luchar contra el montón de gentes inmorales que por doquier pululan; por el contrario, aleccionados en crueles experiencias van paulatinamente, de concesión en concesión, abandonando el inflexible criterio de la rectitud moral; unos llevados por ley imperiosa de necesidad, otros, en la creencia de que no pierden el carácter de gente de bien. ¡Tan leves les parecen las transgresiones que cometen!

Dejando aparte esa masa anónima que suda y se afana, soportando todas las cargas y recibiendo la menor parte de beneficios, hechas las excepciones de rigor, solo dos categorías de hombres se advierten gozando á su sabor y triunfando cual desean: pícaros y locos. Los primeros ejerciendo por todos los medios posibles sus institutos de adquisibilidad y los segundos arrastrados por su delirante fantasía, procuran convencer á los demás de las ventajas que hallarán en convenirse á ser explotados y reconocerse inferiores. Y lo logran en la mayoría de casos, que el vulgo nécio y confiado, más que á la bondad de las ideas se atiene á la desenvoltura y mentida grandiosidad de las personas.

Por eso reina tiránicamente el extravagante personalismo.

El león de Waterloo

La guerra es la prostituta, la infame concubina del acaso. Atila falto de genio y Tamerlan sin arte son sus amantes; tiene en su favor ciertas preferencias, arrastrando al osario nuestras esperanzas; degüella nuestras primaveras, pisotea nuestros deseos, y como es el odio, ¡oh azulado cielo!, yo la aborrezco. ¡Confío en ti, caminante que te acercas envuelto en tinieblas! ¡oh porvenir!

Nuestros trabajos son extrañas álgebras; el vago y triste laberinto do rodamos está cubierto de súbditos terrores, de lazos, de descuidos; empero nos queda siempre entre manos el obscuro hilo. A pesar del negro duelo de Atreo y de Tieste, à pesar de Leviatan combatiendo á Behemoth, amo y creo. Por fin el enigma dirá lo que tiene que decir. La sombra no se escarnizará constantemente en el hombre. ¡No! ¡no! El destino de la humanidad no consiste en mantenerse sentada é inmóvil en el frio dintel de la tumba, como Jerónimo, silencioso y descolorido en Ombos, ó como en Argos la doliente Electra.

Como no temo á ningún espectro, cierto día encaminéme al sitio do descansa el león de Waterloo. A través de las cañadas llegué hasta la sombría llanura; era la hora en que el día barre al crepúsculo y en seguida fuí en derechura al montecillo. Indignado lo subí, pues la gloria de la sangre de la espada y de la muerte, estremecen todo mi ser. El león se levantaba sobre el mudo llano, y desde abajo fijéme en la alta sombra que proyectaba: su inmovilidad desafiaba el infinito; sentíase que aquella bestia feroz, expulsada al fondo de los cielos, relegada en el azur, pagada de su soledad, sobrellevaba sin fatiga doloroso recuerdo: indómita, allí estaba, testigo de una afrenta. Fui subiendo, y su sombra iba invadiendo mi frente. Y mientras trepaba hacia la áspera plataforma, decíame: **aguarda que la tierra se duerma, pero es** implacable; hay momentos durante la noche en que ese bronce debe lanzar sordo rugido, y los hombres, apartándose de este campo visionario, dudan de si quien lo ha producido es el monstruo ó el trueno. Llegué hasta allí aproximándome paso á paso... Oí el estrépito de un trueno y una cancion.

Humilde voz partía de aquella boca enorme. Un petirrojo había fabricado su nido en aquella especie de antro horroroso y disforme; el blando transeunte alado, bendecido por la primavera, sin temer la mandíbula grandemente levantada, había instalado su prole entre los bronceados dientes del monstruo y el pajarillo trinaba dentro del pensativo león. El trágico monte manteníase de pie como un arrecife en la llanura algún dia tinta en sangre; y abstraido como me hallaba, pálido y atento el oido, sentí que me visitaba profundo espíritu, comprendiendo ¡oh pueblos! que los cantos que oía eran de esperanza en lo que antes fuera desesperación y la paz en la horrible boca de la guerra.

VICTOR HUGO.

"Juan José" en Tarragona

Grandísima satisfacción causó entre los amantes del teatro verdad, anunciarse el debut de la compañia que dirige el eminente actor don Antonio Vico, y ponerse en escena el drama «Juan José», original de don Joaquin Dicenta

A tal objeto congregóse en el teatro Principal todo lo mejor que encierra esta ciudad á fin de justificar los aplausos que «Juan José» está obteniendo en su triunfal viaje por España.

Apesar de que el drama que nos ocupa, está discutido y criticado por ilustrados escritores más inteligentes en estas cuestiones, no podemos menos de dar nuestro humilde pero sincero parecer sobre la hermosa producción de Dicenta.

Nuestro concepto, es que el señor Dicenta al idear su obra predilecta, fué primeramente, para destruir el teatro sentimental y hacerle tomar derroteros progresivos, presentando en la escena Española los usos y costumbres de los pueblos cultos.

Mucho se ha escrito sobre la revolución teatral que la obra «Juan José» había causado refl jando fielmente las aspiraciones á que tiene derecho la humanidad y poniendo de relieve las iniquidades y artimañas de que se valen los encumbrados para hacer sucumbir y perder la tranquilidad del obrero.

Hora es de que vayan desapareciendo del teatro las obras sin enseñanzas ni fundamento de ninguna especie viniendo á ocupar sus vacantes, producciones que eduquen à los pueblos é infiltren las ideas redentoras de la sociedad.

No será solo el señor Dicenta quien continue su escuela dramática, pues si bien en España hay sostenedores de que en el teatro no deben presentarse temas sociales, sino dramas de capa y espada, en cambio poseemos una pléyade de ilustrados y distinguidos escritores, impregnados de los mismos fines que el señor Dicenta. que á no dudar crearán en este país el verdadero arte escénico.

El señor Dicenta, además de transmitir á la escena la vida real y positiva de la sociedad ha perseguido el fin de que desaparecieran las tendencias retrospectivas hoy existentes á fin de encauzar y engrandecer los adelantos de la sociedad dominada por la teocracia.

De la parte literaria que la obra posee, solo mencionaremos que el autor ha estado inmejorable, pues todos los personajes de la obra están estereotipados. formando un conjunto de bellezas que admiran por su naturalidad y expresión.

Al terminar a representación del drama resonaron estruendosos aplausos que nosotros hacemos extensivos al señor Dicenta.

Mercurio.

AYUNTAMIENTO

Sesión de ayer

Bajo la presidencia del Alcalde, don Manuel de Orovio, celebróse anoche de segunda convocatoria.

Se dió lectura de la circular del señor Gobernador civil encareciendo la confección de los presupuestos municipales y su remisión antes del 15 de Marzo próximo. El Consistorio quedó enterado.

- Francolí, El (none) 29/02/1896. Pàgina 2 - Biblioteca Hemeroteca Municipal de Tarragona.